

dia alguna, y de todo corazón, á la emperatriz por la victoria conseguida (1). La corte francesa pareció disgustada (2); y en cuanto á Federico Guillermo II, habló admirado de la «gran noticia,» expresion que agradó á la emperatriz (3). En Viena se observó que la distancia que separaba á Rusia de Constantinopla se había estrechado, y que la escuadra rusa no necesitaba mas que dos días para ir desde Otschakoff hasta los Dardanelos (4). En el mismo momento en que Otschakoff caía en poder de los rusos, el embajador francés en Constantinopla trazaba un plan de guerra para los turcos, indicándoles la manera de salvar en 1789 la fortaleza y de dividir las fuerzas de los rusos (5). Aquella noticia produjo pues un efecto espantoso en la capital turca, y aumentó las esperanzas de los cristianos de los Balkanes que celebraron el suceso en canciones populares (6).

Mientras ocurrían estos sucesos en la Rusia meridional, Catalina esperaba dar un nuevo golpe decisivo á la Turquía en otro punto. Al comenzar la guerra habíase propuesto el plan de llevar las operaciones al Mediterráneo, plan que tan brillantes resultados había dado en 1770, renovar la gloriosa jornada de Chesme y excitar á los súbditos de la Puerta á un levantamiento general (7).

En el otoño de 1787, todavía se adoptaban medidas y se hacían preparativos para esta expedición, y se confiaba el mando de la escuadra al almirante Greigh que debía conducirla al Mediterráneo. La emperatriz decía que esta vez disponía de mas medios que en 1769, para la realización de la empresa.

La cuestión eslava ofrecía un carácter esencialmente religioso: el levantamiento de los eslavos contra los turcos, en la península de los Balkanes, era considerado como una cruzada, en la cual se trataba de que la causa del cristianismo venciera á la media luna. La comunidad de religion entre los súbditos eslavos de la Puerta y la Rusia parecía como de mayor importancia que la comunidad de patria.

«La cabeza de la Iglesia oriental», como solía llamar José II á Catalina, se ocupó en arreglar los detalles de la expedición proyectada, poniéndose de acuerdo con los prelados para la elección de los sacerdotes y de los utensilios para el servicio divino de campaña que debía llevar consigo la escuadra. Hízose un inventario de los cuadros religiosos, de los altares, de los cálices, de los ornamentos sacerdotales y de las campanas y de los libros de oraciones que habían de llevarse en cierto número de buques de transporte (8).

También se embarcaron en estos muchas armas para entregarlas á los insurrectos. Esperábase, especialmente, que los griegos que servían en la escuadra turca desertarian de ella, en cuyo caso sería fácil apoderarse de una vez de toda ella (9); y creíase también que el gran número de agentes que desde Italia serían enviados á la península de los Balkanes, conseguirían inflamar el espíritu de rebelión en el imperio turco (10).

(1) Arneth, pág. 325.

(2) Segur, *Memorias*, III, 447.

(3) Chrapowsky, 4 de enero de 1789.

(4) *Diario de San Petersburgo*, (ruso) 1789, pág. 100.

(5) Véase la carta de Bulgakoff á Potemkin en el *Archivo ruso*, 1866, pág. 1577.

(6) Véanse impresas como apéndice al trabajo de W. Grigorowitz sobre las relaciones entre eslavos y rusos en el tomo V, de la nueva Universidad de Rusia.

(7) Véase mi trabajo *Política de Rusia en el Mediterráneo en 1788 y 1789*, en la *Crónica histórica* de Sybel, XXVI, 85-115.

(8) *Archivo ruso* 1869, pág. 1580-86.

(9) Chrapowsky, 22 de mayo de 1788.

(10) Acerca de las relaciones que mediaron entre el gobierno ruso y el bajá Mahmud de Scutari, véase mi citado trabajo, pág. 97.

Habiendo rehusado Alejo Orloff el mando de la expedición, pensó Catalina confiarlo al teniente general Saborowsky, que ya había prestado importantes servicios durante la guerra turca y que de todos los generales rusos había sido el que mas se había internado en la península de los Balkanes. La instrucción que para él se redactó nos permite conocer la esencia de la empresa, y el gran número de emisarios que á Italia y á Turquía habían enviado los rusos. Todo el Sur estaba cubierto de una verdadera red de agentes secretos; también se pensaba en entrar en relaciones con las tribus eslavas, albanesas y griegas; porque se quería «suscitar un incendio general,» y distribuir millares de ejemplares de un manifiesto (11).

Saborowsky marchó por tierra á Florencia, desde donde debía dirigir la conspiración tramada contra los turcos, programa vastísimo que si hubiera podido realizarse en todas sus partes, habría determinado la llegada de la última hora de la Puerta.

Pero la empresa encontró grandes dificultades.

El plan de la emperatriz produjo gran sensación en Europa, y fué discutido en todos los diarios. La expedición de 1769-70 había podido ser llevada á cabo, porque á Inglaterra, como sabemos, ningún cuidado le inspiraba que la escuadra rusa se presentara en el Mediterráneo y en el Archipiélago; y por eso no produjeron efecto alguno las protestas de Francia. Pero en 1788 la cuestión era saber qué actitud tomarían las potencias occidentales ante la atrevida empresa del gobierno ruso.

Pronto se vió que no podía contarse para ella con la aquiescencia de Inglaterra, pues el embajador inglés en Constantinopla ofreció á la Puerta el apoyo de su nación contra Rusia. La aproximación que entre Francia y Rusia se había verificado y que había dado por resultado la celebración, en 1786, de un tratado de comercio, había disgustado en extremo á la Inglaterra. No en vano contaba, pues, Catalina para su empresa mas con Francia que con la Gran Bretaña. En noviembre de 1787, escribía á Potemkin: «Cuando mis veinte buques pasen el estrecho de Gibraltar, será conveniente que embarcaciones francesas formen la vanguardia y la retaguardia. A cambio de este servicio puede prometerse á los franceses una parte de Egipto: los ingleses no nos prestarán auxilio alguno, etc. (12).»

Muchos eran los que abrigaban temores por la conducta de Rusia. Algunos publicistas franceses suscitaron la cuestión de si la corte de España tenía, en virtud de los tratados, el deber de consentir que cruzara el Mediterráneo una escuadra que se dirigiera contra la Puerta (13). Cuando Rusia pretendió fletar en Inglaterra algunos trasportes para la escuadra, el gabinete inglés se negó á consentirlo.

Catalina estaba indignada y expresaba con palabras duras el descontento que le causaba la duplicidad del gobierno inglés. Tenía redactada una enérgica nota para el gabinete de Londres; pero se dejó convencer de la conveniencia de una redacción mas mesurada, y confesó despues que al escribir la primera, la cólera, que no podía dominar, le había hecho subir la sangre á la cabeza (14).

En Inglaterra se prohibió á los comerciantes que estaban dispuestos á fletar trasportes para el gobierno ruso, que tal

(11) El documento está impreso en el *Archivo ruso* 1866, pág. 1373-94. El manifiesto dirigido á los cristianos de los Balkanes se encuentra en la *Vida de Uschakoff* de Skalowsky. San Petersburgo 1858 (ruso) págs. 79-80, y está firmado por Saborowsky.

(12) Ssolowieff, *Ruina de Polonia* (ruso), pág. 180.

(13) Volney, *Consideraciones sobre la guerra actual*, etc., y Peyssonell en su refutación de este folleto, pág. 110.

(14) Chrapowsky, 30 de marzo y 4 de abril.

cosa hicieran, y además de esto, en los periódicos ingleses se publicaron las órdenes del gobierno prohibiendo á los marineros ingleses tomar parte en aquella empresa (1). Rusia hubo de dirigirse, pues, á otras potencias: con Dinamarca podía contar en absoluto, pero en cambio, en Holanda y en Prusia sus propósitos encontraron graves dificultades (2). Francia tampoco estaba dispuesta á ceder grandes ventajas á Rusia respecto de Turquía. En abril de 1788, llegaron á San Petersburgo despachos de París, preguntando si se proyectaba una expedición al Mediterráneo, y diciendo que semejante expedición daría indicios de un deseo excesivo de

engrandecerse á costa de Turquía. Al propio tiempo ofreció Francia su mediación para el restablecimiento de la paz. Estas discusiones disgustaban en alto grado á los rusos, los cuales creían que el proceder de Francia era consecuencia de las intrigas de Prusia (3).

Ninguna discusión diplomática debía ya entablarse sobre este punto entre Rusia y las potencias occidentales, pues vino á ofrecerse en breve otro obstáculo de muy distinta clase, obstáculo que obligó á Rusia á renunciar al plan de enviar su escuadra al Mediterráneo, pues la necesitaba para luchar contra otro enemigo, que era la Suecia.

CAPÍTULO VII

LUCHA CONTRA GUSTAVO III

Relaciones con Suecia.—Entrevistas de Catalina con Gustavo.—Plan de guerra de Gustavo.—Polémica entre Gustavo y Catalina.—Sucesos de la guerra.—La alianza del Aujala.—Dinamarca.—Intervención de Prusia y de Inglaterra

El Estado ruso no solo utilizó para aumentar su poder la decadencia de Polonia, sino que también se aprovechó de la de Suecia. La permanencia de los privilegios de la nobleza de la Edad media y la lucha de los Estados con la monarquía tenían en Suecia, como en Polonia, por resultado inevitable la intervención de los demás Estados en las cuestiones interiores. En Suecia como en Polonia las reformas políticas hubieran podido contribuir á poner un límite á los progresos de Rusia; pero en Polonia, las tentativas reformistas se estrellaron contra la preponderancia de Prusia y de Rusia, y contra el mal estado á que habían llegado las cosas en aquel país; mientras que en Suecia los cambios de gobierno habían ido tan lejos que la nación, despues de sensibles pérdidas, podía estar segura de no ser objeto de nuevas divisiones. En esto estriba la importancia del reinado de Gustavo III. «Los hechos salvadores» por él realizados evitaron á Suecia la suerte que había sufrido Polonia y emanciparon á aquel país del régimen aristocrático y de la influencia de los poderosos vecinos. El deseo de Gustavo III de crear una Suecia grande y poderosa y recobrar las provincias perdidas hizo que estallara la guerra entre Suecia y Rusia, guerra cuyo teatro y cuyo objetivo fué la Finlandia, que ya antes había sido causa de algún conflicto entre ambas potencias. Despues que una parte de esta comarca fué conquistada por Pedro I, encendiéndose una nueva lucha en tiempo de Isabel. Suecia pensaba reconquistar la porción de territorio que había perdido en la paz de Nystadt, pero en vez de conseguir su intento, perdió otra porción de Finlandia (1743), hasta el río Kymmene.

La paz de 1743 no fué mas que un armisticio: Gustavo III volvió á la lucha, en la esperanza también de recuperar las provincias perdidas, ó por lo menos de hacer nuevamente sueca toda la Finlandia. Esta esperanza quedó frustrada; la corriente del Kymmene continuó siendo la frontera que separaba la Finlandia sueca de la rusa; y como las dos potencias no cesaban de trabajar para unir aquellas dos mitades, se unieron al fin en provecho de Rusia, durante el reinado del nieto de Catalina.

(1) Véanse los detalles en mi citado trabajo, pág. 92.

(2) Segur, *Memorias*, III, 352.

(3) Chrapowsky, 17 de abril de 1788.

Desde la muerte de Carlos XII, era Suecia una república aristocrática. Las sombras de reyes que allí había no solo no tenían influencia política alguna, sino que ni siquiera podían cambiar de servidumbre sin la cooperación de la nobleza. Un sello con la cifra grabada del rey Adolfo Federico daba derecho al Comité secreto para resolver las mas importantes cuestiones en nombre del jefe del Estado, aun sin conocimiento de este.

Las Dietas suecas, como las polacas, se dejaban gobernar fácilmente; y á la entrada de la sala donde celebraba la nobleza sus reuniones, se compraban y vendían públicamente los votos. Generalmente Rusia y Francia eran las naciones que mas dinero empleaban en este mercado, donde el mejor postor era el que conseguía la victoria definitiva.

Apenas subió al trono Catalina se mostró dispuesta á bajar para que en Suecia quedara permanente é invariablemente limitado el poder monárquico (4); pero en esta tendencia necesitaba contrarrestar el influjo francés en Suecia (5), pues la Francia á su vez procuraba robustecer el poder real (6). Ostermann supo ya en 1766 que el partido monárquico tramaba una conspiración contra la nobleza, siendo la reina, hermana de Federico el Grande, la que mas trabajaba en este sentido (7); y el gobierno ruso tuvo que gastar cuantiosas sumas para contrarrestar tales esfuerzos. Catalina decía que no solo Rusia, sino también Prusia había garantizado la conservación de la constitución sueca; pero en cambio, cada día aparecía mas clara la intención de Francia de promover un cambio de instituciones en aquel país (8), donde ya se hablaba de la necesidad de «sacudir el yugo ruso (9).» Catalina, por su parte, se expresaba con indignación al hablar del rey y la reina de Suecia que vivían en relaciones muy tirantes con el embajador ruso en Estokolmo (10).

(4) Ssolowieff, XXV, 204.

(5) Ssolowieff, XXV, 343.

(6) Ssolowieff, XXVI, 97.

(7) Catalina se quejó de ello á Federico: véase la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 219.

(8) Ssolowieff, XXVII, 213-217.

(9) Segur, *Memorias*, XXVII, 271, 316-318.

(10) *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, 208.

Durante la primera guerra turca pudo Suecia ser muy peligrosa para el imperio ruso, pues Francia se esforzaba por conseguir que se aliara con la Puerta contra Rusia. Al propio tiempo, Gustavo, heredero ya de la corona, se agitaba en pro de un robustecimiento del poder monárquico, viéndose Rusia obligada á enviar grandes cantidades para hacer frente por el momento á aquel peligro (1).

No es de extrañar que el advenimiento de Gustavo III

(año 1771) discontentara en extremo á Catalina (2), la cual preveía un gran cambio en Suecia, en cuyo caso poca importancia podría tener el artículo secreto del tratado firmado con Prusia en 1769, cuyo objeto era conservar en Suecia la constitucion política existente (3). Ostermann necesitaba mayores sumas que hasta entonces para conservar la influencia rusa. «Mucho dinero nos cuesta el sostener la aristocracia en Suecia, con cuya nacion estamos en guerra gracias á



Gustavo III de Suecia (Conde de Gothlandia). Reduccion de un grabado de Jaime Walker. Cuadro original de Juan Bautista Lampi (1751-1830)

las intrigas de Francia,» escribía Catalina á Panin en aquella época (4). Gustavo III, al paso que manifestaba la intencion de hacer una visita á la emperatriz Catalina, hacia todos los preparativos necesarios para el golpe de Estado (5) y celebraba secretas conferencias con Vergennes.

(1) Ssolowieff, XXVIII, 97-102. Véase la carta de Panin á Rumjanzoff, de octubre de 1769 en el *Archivo ruso*, 1882, I, 88, y la de Catalina á Federico en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XX, 253, 257, 260.

(2) Catalina era pariente de Gustavo, cuyo padre, Adolfo Federico, era hermano de la madre de la emperatriz.

(3) Véanse las cartas de Catalina á Voltaire y á Panin, en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 77 y 82.

(4) Ssolowieff, XXVIII, 315. Ostermann recibió 337,900 rublos.

(5) Memoria de Ostermann, en Ssolowieff, XXVIII, 391.

Siendo príncipe heredero, había estudiado en Francia, y en París había aprendido de los hombres de Estado franceses lo que como rey debía hacer; mas sin el dinero que le facilitó la Francia no hubiera podido llevarse á cabo el golpe de Estado (6).

Catalina escribió á la señora Bjelke, en la víspera del golpe de Estado: «De vuestro querido rey de Suecia y de su querida mamá no hay que esperar nada bueno (7).» Poco despues recibió la noticia del suceso y habló con indigna-

(6) *Gustavo III y la Corte de Francia*, de Geffroy, en la *Revista de ambos mundos*, 1865, LIX, 352.

(7) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 262. *Le cœur me dit que votre cher roi de Suède et sa chère maman vont faire rien qui vaille.*

cion de la conducta de Gustavo diciendo que había faltado á los juramentos, promesas y tratados; que nunca se habían violado tanto las leyes como entonces en Suecia, y que Gustavo III era tan déspota como el sultan. Burlóse además del afán de conquistas del rey sueco, que parecía tener la vista puesta en la Noruega (1). Consideróse necesario enviar algunos regimientos á las fronteras de Finlandia, y se pensó en romper las hostilidades; pero esta idea quedó abandonada, pues no podía emprenderse una guerra con Suecia en el momento mismo en que el mal éxito del Congreso de Fokschany hacia precisa la continuacion de la guerra turca (2). Sin embargo en el caso de que tarde ó temprano hubiera de estallar la guerra, Rusia podía contar con los súbditos de Gustavo que habían visto con disgusto el golpe de Estado. Durante los primeros años que siguieron á la revolucion de 1772, esparcióse el rumor de un inmediato rompimiento entre Suecia y Rusia, pero, al mismo tiempo, el rey insistió en sus deseos de hacer una excursion á San Petersburgo para conocer personalmente á la emperatriz, y para destruir la mala opinion que de él hubiera podido formar despues del golpe de Estado, y entonces se supo tambien que Francia procuraba poner toda clase de obstáculos á aquel viaje del rey á Rusia (3).

La emperatriz no dejaba de hacer sarcásticas observaciones sobre su primo, escribiendo á la señora Bjelke que si Gustavo iba á Rusia se aburriría, pues siendo, como era, esencialmente francés, no se avendría de fijo con su trato (4). Catalina estaba tambien descontenta por el recibimiento que se había hecho á su embajador en Estokolmo, de lo cual hablaba con indignacion (5); y cuando el rey quiso tratar formalmente de su viaje á San Petersburgo, encargó Panin al embajador ruso Simolin que dijera á la corte de Estokolmo que la emperatriz no estaría probablemente dentro de poco en San Petersburgo, sino que habría emprendido un viaje á distintas provincias de su imperio. Era evidente que Catalina deseaba evitar una entrevista con Gustavo (6). Inmediatamente despues de haber este emprendido su viaje á Finlandia, desde donde pensaba dirigirse á la capital rusa para hacer allí la consabida visita, el embajador ruso le manifestó que la emperatriz se proponía ir á Smolensk, y que así se le había mandado que lo manifestase (7).

A pesar de todo, celebróse en 1777 la entrevista.

Catalina y Gustavo tenían algunos rasgos comunes: ambos debían una parte principalísima de su educacion, de sus opiniones y de sus intereses á la literatura civilizadora de la Europa occidental, especialmente de Francia: ambos gustaban de honores y gloria, y estaban convencidos de la importancia de su situacion política é histórica: ambos se rodeaban de una fastuosa corte, ambicionaban las alabanzas y procuraban, con su conducta y sus palabras, imponerse y ejercer cierta influencia. Uno de los favoritos de Gustavo III observó con cierta gracia que idénticas debilidades habían hecho de Catalina un carácter varonil y de Gustavo un carácter afeinado. Gustavo quería brillar, aunque fuese por medio de joyas y pedrería. Catalina ambicionaba el poder material y

efectivo; quería dominar. Las empresas del rey tenían algo de teatrales, de aparatosas: Catalina, por el contrario, se presentaba como un verdadero genio.

Eran dos naturalezas que mas bien se repelían que se atraían. A pesar de esto, se encontraron cuando el «conde de Gothlandia» se presentó, en 1777, en San Petersburgo vestido de la mayor etiqueta y con apariencias de la mas sincera benevolencia (8). Catalina trató á su pariente con amabilidad suma y al despedirse de él le entregó una cantidad considerable en concepto de indemnizacion de los gastos del viaje. Mas aun cuando Gustavo manifestó en una carta dirigida al conde Creutz su satisfaccion por haber conseguido el objeto que se propuso al emprender el viaje á San Petersburgo que era «reconciliar á la emperatriz con las consecuencias del golpe de Estado de 1772 y borrar de su corazon toda huella de cólera», añadiendo que á la antigua prevencion había sucedido la amistad y que el embajador ruso en Estokolmo había recibido orden de modificar su conducta y su lenguaje, lo cierto es que la desconfianza subsistió y que á cada instante podía estallar el rompimiento. El conde Creutz escribió desde París al rey, diciéndole que Vergennes le había dado cuenta de algunas manifestaciones de la emperatriz, segun las cuales esta no creía en la amistad de Gustavo y no se mostraba con él muy propicia (9).

En San Petersburgo no dejaba de hablarse del rey con cierta sorna y el mismo gran duque se burlaba del «héroe de Norte», del «grande y admirable Don Gustavo», diciendo que era el mas célebre atolondrado que había producido el siglo, etc. (10).

Mientras en Suecia reinaba gran contento por el buen éxito del viaje de Gustavo y se creía que Catalina se había reconciliado con el nuevo orden de cosas allí establecido, la emperatriz insistía en la esperanza de poner, mas ó menos tarde, en tela de juicio el resultado del golpe de Estado de 1772 (11). Cuando Gustavo III manifestó el deseo de firmar un tratado con Rusia, Catalina rechazó la proposicion pretextando que tal alianza podría producir en Francia y en Inglaterra una sensacion que era útil evitar (12).

Quedó, pues, subsistente cierta tirantez de relaciones entre ambas cortes. Gustavo III manifestó, en 1775, el convencimiento en que estaba de que solo la cuestion de Polonia y la situacion de Rusia respecto de la Puerta podrían retardar la guerra y de que esta estaba simplemente aplazada, añadiendo que pensaba hacer todo lo posible para ponerse en las debidas condiciones de defensa, y que para llegar mas pronto al fin de la guerra se dirigiria sin cumplidos á San Petersburgo, con lo cual obligaría á la emperatriz á firmar la paz. Palabra por palabra este era el programa de Gustavo en 1788.

No deja de llamar la atencion el hecho de que en los años que siguieron á la entrevista, se cruzasen entre el rey y la emperatriz las mas afectuosas protestas de amistad y de respeto. Es realmente un sarcasmo el que Gustavo, en una carta dirigida á Catalina, encareciera su amor á la paz y

(8) J. Grot, *Catalina II y Gustavo III*, San Petersburgo 1877 (ruso). El autor aprovechó el dietario del viaje del rey que estaba en la Universidad de Upsala, los trabajos del *Diario de San Petersburgo*, etc.

(9) Véase mi trabajo *Suecia y Rusia en 1788*, en la *Revista histórica*, XXII, 339.

(10) Carta de Pablo á Sacken, *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XX, 414 y 420. La cuestion de si Catalina intervino ó no en la introduccion de un traje nacional en Suecia la trata Grot, en la *Rusia antigua y moderna*, 1876, I, 120.

(11) Véase la conversacion de Simolin con Funk en Estokolmo, en Ssolowieff, XXIX, 257, y con Paykull, 297.

(12) Ssolowieff, XXIX, 326.

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 265-286.

(2) Ssolowieff, XXVIII, 395-403.

(3) Conversacion de Gustavo con Ostermann y luego con Stachieff, en Ssolowieff, XXIX, 81, 115-116.

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 376. Véanse otras observaciones mas enérgicas en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 23.

(5) Véase su carta á Ostermann, en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XV, 609. Ssolowieff, XXIX, 218.

(6) Ssolowieff, XXIX, 237-238.

(7) Ssolowieff, XXIX, 254.